

Pero ¿y después? El cine de los últimos años 20 y los primeros 30, entre el *fox-trot* y el tango platense, estremece a las gentes con su *Nosferatu* y su *Doctor Caligari*. Drácula, convertido en un conde romántico—antes era un hercúleo guerrero magyar, barbudo y jinete—, se inclina sobre los blancos cuellos de sus víctimas, entreabriendo su horrenda boca de súcubo irresistible. Poco a poco, el cine pasa del erotismo a la brujería. La estirpe del celuloide terrorífico se prolonga, ya sin calidad, en Frankenstein y su corte de monstruos californianos (1), y renace, convertida en impulso literario egregio, en el cine de Bergman. Entonces, de pronto, la sombra del marqués de Sade empieza a recibir ovaciones universales y el mundo a descubrir que el marqués lo pudo ser todo menos tonto. Los psiquiatras—especialmente los psiquiatras americanos—coleccionan fichas pavorosas, con cuyos datos se habrían mantenido perpetuamente encendidas las hogueras medievales de los «autos de fe». Jorge Luis Borges, como jugando, como contando mentiras, historia la infamia y hace el inventario de las especies zoológicas fantásticas. Heimito von Doderer describe el aliento de los dragones que vuelan sobre los bosques de Viena, allí donde antaño se bailó el vals. Cansados de política, los novelistas leen y releen el *Doctor Faustus*, de Thomas Mann, para temblar descubriendo cómo se gana el genio a cambio de la sífilis. Como en las diabólicas farmacias de Praga y Toledo en el siglo xv, los tristes por penas de amor compran pócimas que todo lo remedian: la redoma del elixir de amor es ahora una pastilla de hormonas o una ampolla de colestestina.

Lo mismo que en el milenio, los flagelantes recorren el mundo en avión, predicando la virtud y anunciando la peste. El pastor Billy Graham pone en trance a un millón de «cruzados» londinenses y predica en las calles de Soho, entre hetairas y beodos; el padre Peyton agita el rosario como Pedro el Ermitaño ante las murallas de Jerusalén sin libertad. Se reimprimen los cuentos de Maupassant, de Sheridan Le Fanu, de Poe, de Hoffman. Se redactan tesis doctorales sobre Thomas de Quincey y la estética del asesinato. Alfred Hitchcock se hace millonario vendiendo espasmos medulares a la grey.

Primero a media voz y luego a gritos, se dice que están naciendo niños monstruosos por culpa de una droga mágica llamada «Talido-

---

(1) Véase, por ejemplo, DÍAZ PLAJA, Guillermo: *Los monstruos y otras literaturas*. Barcelona, 1967. Interesa añadir algo más. Los monstruos que, por ejemplo, se dedicó a disminuir racionalmente el padre Feijoo, eran monstruos «orgánicos», correctos dentro de la tradición mitológica. Pero ¿qué hay de los monstruos «mecánicos»? Persiguiendo la tradición cabalística, uno descubre, por ejemplo, que el fantástico *golem* (que sirve para que Borges y Alvaro Cunqueiro se diviertan) está detrás, por supuesto, del *puzzle* de Frankenstein, pero también en el fondo de los computadores electrónicos.

mida», como se decía en la Edad Media que nacían con cabeza de cerdo o patas de gallina. Y muchas mujeres no dan a luz nada, salvo cosillas pavorosas, como los *Elben*, hijos de Belcebú, alucinantemente sucios (2). En las fiestas de sociedad, en la alta Europa capitalista, en lugar de ofrecer a los invitados, como hace unos años, un concierto de violín, se les ofrece la actuación de un auténtica *troupe* de brujos *vudú* (3). La UNESCO descubre que no hay periódico sin horóscopo. Siempre hay un individuo, en cualquier lugar del mundo, que ha inventado «una cosa para curar el cáncer», y al que escribe miles de cartas una humanidad quejumbrosa y aterrada. Los asesinos fotografían a sus víctimas en posturas lúbricas, y, con asombrosa periodicidad, los profetas aseguran que el fin del mundo acontecerá el domingo que viene, ignorando, además, que es cierto.

Con el dedo nervioso sobre el botón, los hombres importantes nos dicen lo mismo cada mañana desde el diario que adereza nuestro café con leche. Aldous Huxley abre las puertas del secreto con sus experiencias de la *mexcalina*, y desde entonces millones de personas cabalغان hacia el infinito, al atardecer, sobre un terroncillo de azúcar impregnado de LSD. En las universidades de Occidente se analizan las prácticas del *zen* japonés, las técnicas terapéuticas de los hechiceros africanos y los ritos nupciales de los aztecas. Las colegialas buscan un momento de éxtasis con un pellizco de *purple hearth*, y los ancianos, sigilosamente, van a un club nocturno donde una bellísima muchacha desnuda lleva a cabo experimentos hipnóticos. Cuando llega el verano, comadres nórdicas de aspecto ascético envenenan a sus amantes latinos. Efebos con antifaz sirven la copa de Ganimedes en los banquetes de Mr. Profumo, y alguien denuncia un hecho de antropofagia en una playa cosmopolita. En las noches claras vemos volando en el firmamento *objetos no identificados* y se nos dice que aquí, allí, en todas partes, existen tenebrosas conspiraciones al servicio del mal (4). Los filósofos y los sociólogos nos dicen que hay una fuerza oscura actuando sobre las decisiones del mundo y llevándonos, inevitablemente, a una horrenda catástrofe.

---

(2) Los alemanes llamaban *Elben* a unos fantásticos y repugnantes seres vivos, con forma de gusano o de reptil, que nacían del monstruoso matrimonio entre las brujas y los súcubos. Hubo, incluso en el siglo xvi, largas explicaciones teológicas para estudiar la fecundidad del diablo y el éxito genético de sus coyundas. Véase, por ejemplo, *Demonologie, inform of a Dialogue*, James VI, Edimburgo, 1597. Algún comentario interesante en TREVOR ROPER, Hugh: «Witches and Witchcraft», en *Encounter*, mayo 1967, Londres. (Un ensayo breve y curioso en el que se comete la, por lo menos, descortesía de no citar a CARO BAROJA, Julio: *Las brujas y su mundo*. Madrid, 1966.)

(3) Este ejemplo no es un invento; está extraído de un anuncio publicado en *The Times*, de Londres.

(4) Véase MELLIZO, Felipe: «El complot. Apuntes para una teoría de la historia», en *Nueva Etapa*, El Escorial, mayo 1967.

Y tenemos miedo. Pero cuando los hombres tienen miedo no pueden evitar la exacerbación de la sexualidad. Encerrados, por culpa de la peste, en una fortaleza, cuentan las historias del *Decamerón*. Hombres y mujeres, lívidos, se lanzan a un abrazo húmedo y tibio, como buscando un refugio contra los bombardeos. Mientras, el maniqueísmo político al uso reparte en todas las latitudes la misma consigna: «Cazadlos donde los encontréis; están ocultos en cada pueblo, en cada libro, en cada cine: son el enemigo.» Y casi en el mismo tono que el *Malleus Maleficarum* de los teólogos Sprenger y Krämer, que abrió la caza de brujas a fines del siglo xv, folletos y artículos nos dan las pistas necesarias para descubrir la amenaza y castigarla en el acto. Los trípticos de El Bosco, con su maligna carnalidad teratológica, sugieren más monografías que los castos puñetazos geniales de Picasso sobre los lienzos. Como dice el psicólogo británico Elder, *hemos nacido locos, y adquirido conciencia moral después, gracias a la razón; pero entonces nos volvemos estúpidos y desgraciados. Entonces, morimos*. El único recurso para no morir es retornar a la locura, que se adquiere fácilmente bebiendo ginebra con hielo mientras, en la penumbra, una chica empapada en sudor frío hace *strip-tease* sobre un fondo de tambores. La «mujer mala»—la hermosa «Mujer-Gato» de *Batman*, la corte de muchachas peligrosas que asedian a James Bond—es la rival amante del héroe, como la romántica Milady de Alejandro Dumas: incubos que acechan la soledad vespertina de D'Artagnan. Son, además, comunistas, para terminar de arreglar las cosas. El diablo sabe muy bien que Aquiles no tenía el punto vulnerable en el talón, sino un poco más arriba. Ahí vienen a herirnos los dardos agudos que nos lanzan las revistas ilustradas, las modas sutiles de Carnaby Street, la guapísima rubia con pantalones de vaquero que detiene nuestro automóvil con su dedo pulgar, pidiendo amable posada en los cruces de todas las autopistas de Europa.

Hay 5.000 pitonisas y magos en París, otros tantos en Londres, más del doble en Nueva York y en Buenos Aires (¿cuántos, por cierto, en las ciudades españolas?). Abayacoon, profeta del nuevo mundo; Madame Jeanette, *natural clairvoyant*; Bhagawan Soaham, palmista y astrólogo; Isis, Adastrá, Alezeia, Vesta, Artemis, Ana Rosa, anuncian sus estancias en hoteles lujosos con meses de anticipación, y una multitud de hombres y mujeres asustados y ricos acuden a las extrañas consultas para ver su vida—y a veces su muerte—en una bola de cristal o en un puñado de arena (5).

---

(5) Véase DE GIVRY, Grillot: *Le Musée des Sorciers, Mages et Alchimistes*. París, 1967.

Ernesto de Martino descubre la atroz vigencia del «tarantulismo» y el espanto, en la segunda mitad del siglo xx, de las mujeres ante las culebras, el espectáculo alucinante de la turba—la «multitud turbada» de San Agustín—en torno al epiléptico o el frenético retorciéndose en el suelo (6). Tras las huellas de Mircea Eliade, historiadores y sociólogos penetran otra vez en el secreto de los alquimistas, los mineros, los herreros, los yerbólogos, los ensalmadores y los chamanes (7). La naturaleza se presenta en los prospectos de las agencias de viajes absolutamente erotizada: «Visite las playas mediterráneas: *Sun, Sand and Sex*.» Los laboratorios sirven cada día de templo a bodas absurdas y enloquecedoras. Los «dadaístas» celebraron algunas exposiciones en urinarios públicos, pero ahora se llega a más: en Estocolmo se entraba el año pasado a una exhibición de pintura por un pasadizo que simulaba ser un útero (8). Los *hippies* de San Francisco offician «misas negras», y los editores hacen su agosto con la *Historia de la tortura* o *La flagelación y el placer*.

¿Cómo habría sido posible que los literatos no sintiesen la tentación de mirarse en este oscuro espejo? Historiadores, ensayistas y filólogos desentierran de pronto los viejos temas. Pero son los narradores y los dramaturgos quienes se lanzan sobre ellos vorazmente y los exprimen, los extienden, los hipertrofian y, por último, los abandonan en búsqueda de la nueva tentación.

A la novela «de costumbres» siguió la novela «psicológica», y a ésta, otra vez, la «de costumbres», llamada «social» o «testimonial». Las preguerras abonan la literatura intimista, y las posguerras, la literatura social. Entre medias, algunos se ocupan del lenguaje; algunos, del paisaje; algunos, de la historia. Unos pocos, los elegidos, rompen el molde, se salen del ciclo y escriben como Joyce o Kafka, como Mann o Wassermann (9). Una horda interminable de escritores sin genio sigue a cada «cabeza de serie», hasta que algo nuevo aparece y barre los hábitos gastados y la costumbre mercantil de los editores.

Que la novelística mundial va a volver, está volviendo, al intimismo, ya lo sabe mucha gente. Que va a volver a los relatos fantásticos de calidad, es inevitable, después de la inundación barata de la

---

(6) *La terre du remords* (trad. del italiano). París, 1967.

(7) Véanse LAÍN ENTRALGO, Pedro: *La curación por la palabra*, Madrid, 1956. ELIADE, Mircea: *Herreros y alquimistas*, Madrid, 1959. DEE, John: «Monas Hieroglyphica (Amberes, 1564)», en la revista *Ambix*, Londres, junio-octubre 1964.

(8) Véase *International Times*, Londres, noviembre 1966. Se publica una fotografía de la sala de exposiciones que simula una mujer tendida.

(9) Los jóvenes novelistas españoles, a pesar de su grave preocupación político-social, contestan siempre el mismo nombre cuando se les pregunta quién es su novelista favorito: Jakob Wassermann. Y de la producción de este escritor, una novela en especial: *El hombrecillo de los gansos*.